

EXILIO

“El exilio fue una forma de inocencia, una ausencia de lucidez por bien o mal, una suspensión del tiempo...”

— José Lezama Lima, *Paradiso*

En Cuba, y para los cubanos, el exilio no puede significar nada más que esos cubanos que se fueron. El exilio está fuera-de-Cuba. Y el país sabe la palabra, como sabe la palabra *libre* y *revolución*. Y la palabra, durante los años, ha impartido, en turnos, la pena y la subyugación, la lástima y la envidia, y, sí, la vergüenza. Quizás menos ahora, pero anteriormente, los exilados eran los gusanos, los gusanos que abandonaron su madre-patria.

Pero deseo utilizar la palabra de otra manera, al revés. Cuba es su propio exilio, quiero decir exiliado del resto del mundo. No perfectamente, cómo podría ser perfecta, Cuba se exilia del mundo. Para bien o para mal: ¿Cómo podría decir? Sería inútil reflexionar si el purgatorio es para bien o para mal. Éste no es un tratado, yo no estoy calificado. La política está a la cabeza de todo y es en mi corazón donde yo tengo a Cuba.

Sé que no puedo alcanzar lo suficiente de Cuba pero al mismo tiempo no desisto. Cuando necesito sacudir mi alma, cuando necesito sentirme vivo y verdadero y vital, cuando necesito atestiguar la vida y respirar vida y comer vida, a Cuba, yo corro. Del avión, el aire me golpea, diferente, alterado, pesado, tropical; me impregna todo y me alcanza rápidamente. Me dan la bienvenida y me acogen cada vez de la misma manera, con el abrazo de un viejo amigo.

La Habana. Las palabras son un encanto mágico para mí. La ciudad me encanta. ¿Cómo puedo resistir mi propio sentimentalismo, mi propia nostalgia? Soy el amante joven, sitiado, transportado, expropiado a fondo. ¡Ah! El teatro de la ciudad en donde los vecinos abren de par en par sus puertas y ventanas, en donde, en balcones, las mujeres charlan del amor y el escándalo, donde en los recodos, los hombres continúan su trabajo con sus coches, sus motocicletas, donde, en las mañanas, los niños, todos con sus camisas blancas que destellan, sus pantalones cortos de color dorado y sus pañuelos azules, atados cuidadosamente, caminan a la escuela en grupos, y un niño y una niña se retrasan, en donde, en el Malecón, al borde del mundo, los amantes jóvenes descansan o sueñan, se disgustan o se reconcilian, en donde todos, en parte, demuestran, revelan,

y, sí, pavonean las historias ordinarias de la vida. Y ese teatro inmenso es llenado con el olor del diesel y arena y de metal caliente, y el eterno aire tropical maduro. Y la orquesta cacofónica produce, en turnos, el resuello de los coches, el chillido de los autobuses, la subida y la bajada de los charlatanes y cantantes los amantes y los bebedores, los músicos de trompeta, y el intenso bolero, la seducción de la rumba, y la espuma del Malecón al borde del abismo.

No deseo estar miope. Pero los amantes son siempre miopes. Cuba necesita un cambio por supuesto. Mis amigos cubanos tienen desafíos que yo apenas podría comprender. La mayoría de las ciudades, mayormente el país, tienen muy poco que hacer fuera de resignarse y darle tiempo al tiempo. Si Cuba es un teatro, la decoración es una ruina hermosa. La antigua y magnífica arquitectura, que un día fue, hermosa y majestuosa, ahora, se derrumba, se ha derrumbado, las fachadas escamadas, las columnas agrietadas, los balcones rotos, que por necesidad y por obstinación, han sido apoyados con puntales de madera y bloques de concreto, como el enduido para el cuerpo del rey.

Mi perspectiva es privilegiada. Yo puedo cruzar el exilio pero no es lo mismo vivirlo. Todavía, pienso que Cuba es un exilio dañado ineludiblemente y hermoso constantemente. Y sobretodo los cubanos, incluso los más sufridos, y hay muchos que todavía aman enormemente su país. Son feroces y determinados, inventivos y resistentes. Hay una abundancia de alegría, una abundancia de sensualidad, una abundancia de orgullo. Está manifiesto. No se puede dejar de ver. Se escribe por todas partes en sus rostros. Y dice tanto más, en un solo rostro, que lo que no se podría nunca esperar decir aquí.

Reconocimientos

Quisiera decir gracias primero a mi socio de viaje, y mi ayudante de fotografía, Marlon. Y a mis amigos que me proporcionan hospedaje y guías cubanas, Eduardo y su familia, Armando y su familia, y a Mónica, Roberto, y Aramis para el amor que me demuestran especialmente cuando estoy ausente.

Kevin Slack © 2008